

Compartir la experiencia de Covid-19

Como a muchos, nos sorprendió la pandemia que estalló como un rayo. El planeta fue confinado de repente sin estar preparado. A nivel humano, se ha puesto de manifiesto que tales momentos de crisis revelan los movimientos o los reflejos que nos habitan: miedo o descuido para algunos, repliegue sobre si mismos para otros, pero también generosidad, responsabilidad, entrega, compartir... Esta es una oportunidad para el discernimiento espiritual.

Muy concretamente, el fenómeno "confinamiento nacional" iniciado el 15 de marzo de 2020, ha fortalecido entre nosotros el espíritu de fraternidad para buscar juntos la forma de aplicar las medidas sanitarias solicitadas por el gobierno. Dado que el Padre Abad (que había marchado a África, a principios de marzo) estuvo también en cuarentena catorce días a su regreso, lo que fue para nosotros una experiencia sin precedentes que permanecerá grabada para siempre en nuestros corazones, y la toma de conciencia que ha suscitado ha contribuido a una profundización muy personal de nuestra vocación monástica difícil de expresar con palabras. También valoramos cuánto nos hemos beneficiado del hábitat privilegiado del monasterio, del entorno y de la gracia de nuestra vocación para poder vivir esta experiencia en paz y en la confianza en Dios.

Ningún hermano se ha visto afectado por el virus, así que pudimos mantener el equilibrio de vida y las diferentes actividades como de costumbre. Por supuesto, hemos adoptado los gestos de aislamiento recomendados, pero sin usar la mascarilla en la iglesia o en lugares regulares. Las personas de fuera las mantienen y también nosotros si nos encontramos en reuniones con personas del exterior, así como para las salidas fuera del monasterio. La liturgia de las Horas y la Eucaristía siempre se han celebrado según el horario habitual. La característica más llamativa del período de confinamiento fue la ausencia de huéspedes y de fieles en los Oficios y en la Eucaristía, ya que la iglesia no era accesible para los del exterior.

Se mantuvieron las actividades laborales y económicas, pero dos sectores se vieron más directamente afectados: por un lado, la Hospedería, que se cerró durante el confinamiento, y que no pudo abrirse de nuevo hasta mediados de junio; por otro lado, la tienda, la principal fuente de ingresos, que no estaba cerrada (a petición del alcalde del municipio) pero cuya apertura se limitó a unas pocas horas por la tarde lo que ha reducido considerablemente la actividad y el volumen de ingresos.

Durante el confinamiento, con excepción del empleado de la huerta, los demás empleados (tienda, hospedería, mantenimiento general) tuvieron que estar parcialmente desempleados, con condiciones variables en función de su sector de trabajo. Algunos volvieron a trabajar en junio, otros en julio. Los cocineros, empleados de una empresa de catering han estado proporcionando comidas desde el 1 de marzo, ¡nunca han salido de sus cocinas!

Desde el desconfinamiento (22 de mayo) y la apertura de la Hospedería (alrededor de mediados de junio), la acogida y la economía se han reanudado afortunadamente. Los huéspedes, en número limitado, pueden participar en la liturgia, respetando las medidas de seguridad y las distancias. La misa del sábado y del domingo se abrieron al exterior a partir del 25 de julio. Actualmente, debido a guardar la distancia física que limita el número de plazas en la iglesia, unas 80/90 personas participan en la Eucaristía del domingo, o sea alrededor de 1/3 de la asamblea dominical habitual. En general, las parroquias y las abadías están notando ahora una disminución en el número de personas en misa. La causa principal no parece ser sólo el número limitado de plazas en los edificios.

Esta sencilla descripción muestra que hasta la fecha las consecuencias no han tenido efectos graves, ni en los hermanos desde el punto de vista de la salud, ni en la economía que no ha quedado totalmente paralizada, pero la situación no podía haberse prolongado demasiado tiempo. Aunque el futuro pueda reservarnos sorpresas, en realidad no podemos saberlo, mantenemos los proyectos de trabajo necesarios por parte de la portería donde se debe emplear un ala del edificio para reestructurar del lugar de acogida, y poder acomodar algunas personas en la planta superior, preparar un local de acuerdo con la normativa de trabajo, y llevar a cabo un memorial a los mártires de Argelia con especial atención a nuestros hermanos de Tibhirine.

Sería inapropiado elogiar el confinamiento por sus virtudes, pero hay que reconocer que esta pandemia ha ralentizado el ritmo de vida, para experimentar un clima de silencio más denso, para favorecer, a nivel espiritual, lo que el ritmo habitual no permite vivir de la misma manera, tanto para la oración (la intercesión más marcada) como para la implicación en la vida común. Si no hemos puesto en marcha un sistema de transmisión de la liturgia ni hemos instalado nada visual en la iglesia para atraer nuestro espíritu a los rostros, sí que hemos sentido fuertemente la comunión con los fieles y amigos que participan regularmente en las celebraciones litúrgicas y, más ampliamente, con personas incapaces de desplazarse para celebrar su fe en los lugares de culto. Los asientos vacíos eran como una revelación

La Conferencia Monástica de Francia (CMF) facilitó y alentó el intercambio de noticias por correo electrónico entre los monasterios de los monjes. Esto fortaleció los lazos fraternos entre nuestras comunidades y suscitó la oración, especialmente para las comunidades afectadas por el virus. Evidenciamos aún más que todos estamos en la mano de Dios y que nuestra vida está totalmente dedicada a la alabanza de Su gloria.